

La oficialidad murmuraba; los soldados, en vez de obedecer pasivamente, apenas si acataban las órdenes. Había en el ambiente la desconfianza de los egóismos que se desencadenan á la hora del peligro supremo.

☪ Los partes fraguados sonaban á matraca y nadie los creía después del 10 de Mayo. Se veía ya muy próximo el momento de la relajación que sucede á una tensión prolongada. Había que pensar en la rendición ó en la fuga. Se pensó en la fuga.

☪ Cuarenta y ocho días tenía Márquez de haber salido. ¿Qué había hecho? ¿Por qué no volvía? Márquez ha compuesto una defensa de su conducta, en la que de una manera sobradamente artificiosa combate las inculpaciones que sin razón se le han hecho y las que justamente ha merecido. Una vez más aparece hábil abogado de malas causas. No convence de su lealtad, pero deja la impresión de una inteligencia poderosa y lúcida al servicio de una voluntad formidable. Nadie que lo haya seguido en sus dos vidas — la que terminó con el Imperio y la que ha llevado después — podrá negarle la admiración que arranca una energía extraordinaria encauzada por invariables propósitos.

☪ Era imposible que Márquez volviera á Querétaro en los términos que él mismo tal vez había pensado. Cuando llegó á Méjico, encontró la noticia de que Noriega estaba sitiado en Puebla y en situación desesperada, próximo acaso á rendirse, pues declaraba que no tenía elementos con que sostenerse. Márquez hizo lo que debía hacer para reparar la falta del ministro de Guerra, que no había concentrado en Méjico la guarnición de Puebla con sus ricos depósitos de armas y municiones. Al saber la marcha de Márquez — el cual aun podía dar un golpe de audacia, salvador para la plaza sitiada, — el general Díaz apresuró las operaciones y dispuso el asalto que debería efectuarse en la madrugada del 2 de Abril. Con un resultado sorprendente realizó esta empresa temeraria. Pocas horas después de iniciado un falso ataque al Carmen, penetraron las tropas republicanas que habían forzado simultáneamente trece puntos de la plaza. Los defensores de Puebla, después de resistir como pudieron, se retiraron á los fuertes de Loreto y Guadalupe, que conservaron hasta el día 4. El jefe vencedor pudo decir á sus soldados: «Merecís bien de la patria. La lucha que la desgarró no puede ya prolongarse.» Efectivamente, la campaña estaba decidida. ¿Qué podía hacer Márquez? Desde luego, no contaba con fuerzas suficientes para avanzar contra Díaz. Retroceder á Méjico, tomar la guarnición que allí había dejado y avanzar á Querétaro, era exponerse á ser destruído durante la marcha por las fuerzas vencedoras de Puebla, que engrosarían con las que había diseminadas en torno de la capital.

☪ No obstante, avanzó de la hacienda de Soltepec á la de Guadalupe, pues aun carecía de datos fidedignos sobre la toma de Puebla, y de Guadalupe á San Diego. El día 6 interrumpió su avance á Puebla y tomó el camino de regreso á la capital. Avanzar no tenía objeto; retroceder sin peligro, no era ya posible. Su

marcha fué entorpecida por fuerzas que le salían al paso, hasta el día 8 en que, al llegar á la hacienda de San Lorenzo, se vió amenazado por todo el ejército de Díaz, que aumentó con el contingente de una caballería enviada por Escobedo para que impidiera la aproximación de Márquez á Querétaro.

☪ En San Lorenzo permaneció rodeado el TERRIBLE LUGARTENIENTE DEL IMPERIO durante dos noches y un día. En la madrugada del 10, envió sus municiones por el camino de Otumba para poner en una falsa pista al enemigo, y él tomó el rumbo de Calculálpam con las fuerzas. No le valió la estratagema. Perseguido, acuchillado por la caballería de Guadarrama, abandonó sus trenes en una barranca, y á duras penas pudo salvarse. El 11, llegó solo á la capital; el 12, entró el coronel Arrieta con menos de la mitad de las fuerzas que habían emprendido la marcha en auxilio de Puebla.

☪ Desde ese momento, tanto podía auxiliar Márquez á Maximiliano como Maximiliano á Márquez. ¿Por qué se empeñó el archiduque en creer y en hacer creer que Márquez podía presentarse frente á Querétaro con un ejército temible? Que lo hiciera creer, se explica sólo mientras tuvo la esperanza de infligir una seria derrota á Escobedo; pero que él mismo se enredara en la malla de su difluente fantaseo, hasta decir que Márquez, encerrado por Díaz, traicionó al Imperio y fué el verdadero autor de su ruina, es el extremo de la inconsciencia en la palabra. Sólo un irresponsable puede hablar así.

☪ Después de una vana tentativa para armar al pueblo de Querétaro é intentar el soñado ataque de exterminio, Maximiliano determinó romper la línea enemiga y salir de la ciudad. Mejía y Méndez opinaban por la capitulación; Maximiliano y Miramón por la salida. Se resolvió ésta; pero antes, Maximiliano quiso que constara en un documento la traición de Márquez. Lo que en él consta es la deslealtad con que procedió el archiduque y su injusticia en acusar á un hombre que ninguna responsabilidad tenía en los males que caían sobre su ejército. En Miramón, la enemistad y la envidia explican la calumnia; en Maximiliano, da cuenta de ella su espontánea perversidad. Quería tener un responsable, un traidor: sólo por traiciones á su sacrosanta persona explicaba los acontecimientos desgraciados.

☪ Resuelta la salida por medio de un ataque vigoroso que podía dar la victoria — según la opinión de Miramón, quien durante la campaña no había tenido una sola idea militar, — se fijó para la operación la noche del 14 y después, á petición de Méndez, la noche del 15.

☪ Entretanto, la plaza fué entregada. López, coronel del regimiento de la Emperatriz y favorito de Maximiliano, fué al campo enemigo, tuvo una conferencia con Escobedo, volvió á la plaza, habló secretamente con el Emperador después de la junta de guerra que terminó á las once de la noche, fué condecorado á esa hora inusitada con la medalla del mérito militar, y salió nuevamente para

guiar á las fuerzas republicanas y entregarles el convento de la Cruz. Ocupado este punto, la plaza estaba perdida.

☞ Maximiliano supo que los republicanos se habían apoderado de la Cruz, y sin perder su sangre fría, se vistió, salió de su alojamiento, cruzó los corredores, bajó las escaleras y, reconocido por dos jefes republicanos, entre ellos Rincón, que dió orden verbal para que se le dejase salir, se dirigió al cerro de las Campanas, acompañado del general Castillo, del príncipe de Salm Salm y del ayudante Pradillo.

☞ Entretanto, los republicanos, guiados por López, iban apoderándose de todos los puntos importantes. El cerro de las Campanas, rodeado de enemigos, pidió parlamento. Maximiliano se rindió, suplicando reiteradamente que si se necesitaba sangre, se tomase la suya.

☞ En los apuntes de Maximiliano hay estas líneas escritas cuando á mediados de Enero se decidió la guerra: «Otra junta de los Consejos en Méjico. Mismo dictamen. Trabajo asiduo para juntar un Congreso; agentes á Juárez y Porfirio Díaz. Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juárez.» Y Basch dice que el envío de García se hizo cuando ya el Emperador estaba en Querétaro. El envío de Burnouf á Díaz no dió resultado, como hemos visto. Para saber lo que hizo García, basta leer con atención la carta del 2 de Marzo escrita por el Emperador á su ministro García Aguirre. Dice: «Me he dirigido, ya personalmente, ya por medio de agentes leales y dignos de confianza, á los diversos jefes que combaten, según dicen, en nombre de la libertad y por el principio del progreso, intentando inclinarles á que se sometiesen, como yo estaba pronto á hacerlo, al voto expresado lealmente por la mayoría de la nación. ¿Cuál fué el éxito de estas tentativas? Los hombres que hablan de progreso, no pudieron ó no quisieron someterse á esa decisión. Respondieron con el fusilamiento de leales y distinguidos ciudadanos; rechazaron la mano fraternal que trataba de poner paz entre los hermanos, ó, para hablar con más exactitud, quisieron como obcecados facciosos dominar únicamente con la espada en la mano... No es posible por tanto contar con ellos; el deber nos obliga á obrar con toda energía, para restituir al pueblo su libertad lo más pronto posible, con el objeto de que pueda expresar libre y francamente su propia voluntad. Éste es el motivo que me ha traído á Querétaro y por el cual me esfuerzo en restituir á nuestra desgraciada patria el orden y la tranquilidad, salvándola por segunda vez de la perjudicial influencia extranjera.» Desde entonces ya no cesó de repetir que de su parte estaba la causa de la independencia nacional, y de parte de Juárez, la traición á la patria, que era entregada al extranjero.

☞ Mientras él se creía salvador de la independencia mejicana, en Europa y en los Estados Unidos la diplomacia y la prensa trataban de salvarlo del patíbulo.

☞ THE HERALD publicaba en Nueva York el 4 de Abril noticias de San Luis Po-

tosí que alcanzaban hasta el 9 de Marzo. «El Presidente y los ministros, decía el corresponsal de aquel periódico, abrigan las esperanzas más risueñas de que la guerra ya está próxima á su fin y de que el triunfo más completo coronará sus armas... Creo que Maximiliano tiene muy pocas esperanzas de salvar la cabeza si cae en poder de los liberales. Suponiendo que al ser prisionero se le perdone la vida, esto se deberá indudablemente á que el Gobierno de Juárez tiene una idea poco favorable de su escasa ó nula inteligencia... Creo y tengo excelentes razones para creerlo (el corresponsal acompañaba al Gobierno constantemente), que Maximiliano ha estado tratando con Juárez (sobre garantías para los mejicanos que han seguido su bandera). La contestación dada por el Presidente ha sido muy cruel para el aventurero austriaco, pues se le ha dicho que además del crimen de fomentar una guerra civil, pesa sobre sus partidarios la maldición del país por haberse opuesto á la voluntad del pueblo y por haber traído una intervención extranjera en apoyo de sus culpables y funestos designios. Como traidores, merecen un castigo severo; el Gobierno liberal no dejará pasar la primera oportunidad para someterlos á un juicio estricto de acuerdo con sus crímenes. Por ahora no hay esperanzas de que se admita otro término de la lucha que no sea el de una rendición incondicional. A juzgar por lo que veo, parece que continuará la guerra hasta que la joven águila austriaca no tenga una sola pluma para que Maximiliano firme su testamento.»

☞ Estas noticias nos explican las manifestaciones de mejicanismo que hizo Maximiliano durante el sitio. Juárez, no él, es el traidor. Habla de los franceses como de invasores arrojados del país por la voluntad del soberano. «Mi viaje á Orizaba apresuró la partida del cuerpo de ocupación», dice en su carta del 2 de Marzo al ministro García Aguirre. Y más adelante: «Por el rumbo de oriente se retiran ya las bayonetas de la intervención.» Vuelve á la idea abandonada de convocar un congreso, y dice: «Pero si esa asamblea no pudiese reunirse, si nosotros que constantemente hemos tenido esa mira, hubiésemos de sucumbir en la lucha, tendremos la satisfacción de que la opinión pública nos haga justicia declarando que fuimos los verdaderos defensores de la libertad, que no hemos hecho traición á los intereses de la patria, que por dos veces quisimos garantirla y salvarla de la presión que sobre ella ejercía la intervención extranjera, y que en todo hemos obrado con la intención de hacer triunfar el principio de la voluntad nacional.» Por último, en su discurso pronunciado el 10 de Abril, declaró que el día en que los franceses desocuparon el territorio nacional, había logrado uno de sus más vivos deseos.

☞ Esas palabras, inspiradas por la quimérica esperanza que alentaba en Querétaro, parecen ya los descargos de un acusado que trata de evitar el castigo.

☞ Cuatro días antes, el conde Wyndenbruck, ministro de Austria en los Estados Unidos, había obtenido de Mr. Seward la intervención del gabinete norteamericano en favor del archiduque para que no se le fusilase. Wyndenbruck decía que el Gobierno de los Estados Unidos tenía el derecho de pedir á Juárez que los prisioneros fuesen perdonados, toda vez que al apoyo moral de ese Gobierno se debían en gran parte los triunfos del partido liberal de Méjico. Seward, sin rec-

tificar el concepto que fundaba la petición, pidió el perdón de los prisioneros, refiriéndose á las ejecuciones de Zacatecas. Una severidad igual en Querétaro, sería dañosa para la causa nacional y para los intereses del sistema republicano en el mundo entero.

☞ El asunto comenzó á debatirse por la prensa de los Estados Unidos un mes antes de que cayese Querétaro. THE CHRONICLE, de Washington, publicó el 16 de Abril un remitido lleno de amargas reconvenciones contra Francisco José. «¿Quién pretende hablar en nombre de la humanidad?—¡Francisco José!—Curioso filántropo. Y si hay quien abrigue alguna duda sobre el particular, que se le pregunte á Kossuth ó á Garibaldi.» El húngaro anónimo, autor del remitido, recordaba las ejecuciones en masa de Brescia y de Arod. Si Garibaldi hubiese caído en Brescia, ¡cómo se habría burlado Francisco José de una excitativa del Gobierno de los Estados Unidos para que se asegurasen á aquel jefe insigne los derechos de la guerra!

☞ También hubo debate en el Senado. El senador Johnson hizo una proposición para que los Estados Unidos interpusiesen su mediación entre los partidos contendientes. El senador Morton se opuso, fundándose en que después de haberse permitido las ejecuciones del decreto homicida y bárbaro del 3 de Octubre, dictado por los filibusteros contra los patriotas, no era digno intervenir para evitar que los patriotas castigasen á los filibusteros.

☞ Mr. Sumner presentó una resolución en sentido más amplio, no para evitar castigos, sino para poner término á una guerra civil deplorable y favorecer el establecimiento de un gobierno republicano.

☞ Mr. Henderson pidió la intervención en favor de los partidarios de Maximiliano.

☞ Contra estas tentativas se levantó THE EVENING POST, razonado, enérgico, plenamente justiciero : «Un periódico de la mañana reclama para los Estados Unidos el mérito de haber arrojado de Méjico á los franceses por medio de amenazas y argumentos. No creemos que los franceses abriguen esta opinión. Evidentemente salieron de Méjico porque el pueblo de aquel país no permitió que siguiesen allí por más tiempo. Méjico, ni aun por cortesía, admitirá que hayamos hecho cualquier cosa que nos expusiera á una guerra con la primera potencia militar del mundo... El mismo secretario Seward no recibiría esto como un elogio á su talento diplomático. El país no cree que haya sido una falta por nuestra parte detenernos después de haber acabado con una forma de gobierno sin hacer algo por establecer otra en su lugar. Como no expulsamos á los franceses y como siempre hemos reconocido la existencia de un Gobierno constitucional, que sólo se ha visto entorpecido por la fuerza extranjera y que actualmente se encuentra en todo su vigor y ejerce su influencia sobre casi todo el territorio, la conclusión natural es que no debemos intervenir sino hasta que así nos lo pida el Gobierno legal del país.»

☞ La única intervención salvadora para el archiduque, tenía que ser la del pueblo mejicano. Esta intervención fué imposible por la obcecación con que Márquez mantuvo su resistencia inútil en la capital. El aislamiento de la ciudad de Mé-

Don Ignacio Mejía